

preparase a una disertación. Maravillado quedó el tal, y contestó:

«—¿Cómo podré yo cumplir esa orden, si nada sé, y si me faltan el talento y la ciencia?»

«—No te ocupes de eso,—replicó el Secretario— Estudia, ingéniate, y si aciertas habrás ganado el lauro, y si no aciertas, también le ganarás... Y, a fin de que entiendas lo que te digo, añadiré que modelos perfectos tenemos muchos, dignos de ser imitados, pero ejemplos de ignorancia y de tosco hablar no hay en este Archivo. De modo que, si fracasas, en tu obra hallaremos el itinerario de los peligros de que hay que huir; y con hacer lo contrario de lo que tú hicieres, habrán acertado los futuros disertantes. Y tu nombre será famoso, porque interesa conocer los méritos de Murillo, el magno pintor, pero es más útil el conocimiento de cómo pintaba sus gallos Orbaneja... »

—¿Será posible?... No. La hidalga cortesía de quien me manda hablar aquí no consiente tamaña crueldad. Y sin embargo, yo me encuentro como el seminarista de la anécdota, trémulo y confuso, sin acertar la manera de corresponder al honor, no abusando de vuestra paciencia.

Al entrar en esta casa de las altas doctrinas fundamentales de la sociedad, han vuelto a mí los días juveniles, cuando yo cursaba en la Universidad Central los estudios de Derecho, bajo los auspicios de aquellos maestros memorables que se llamaron Gu-